

# SEMBLANZA DE DON CARLOS PEREYRA

LA vida de don Carlos Pereyra es transparente, limpia y diamantina. Hijo del Ingeniero don Miguel Pereyra Bosque y de doña María Jesús Gómez, nació en Saltillo (Coahuila, Méjico) el 3 de noviembre de 1871. Se educó en su ciudad natal y cursó la «Preparatoria» en el Ateneo Fuente, de gran nombradía comarcal y aun nacional, puesto que de allí salieron muchos hombres prestigiosos. De Saltillo marchó, con sus padres y hermanos, a la ciudad de Meso, donde recibió el título de abogado. Y en dicha ciudad contrajo matrimonio con una ilustre poetisa, doña María Enriqueta Camarillo y Roa, el año 1898.

En 1903 fué nombrado Defensor de Oficio, y, al año siguiente, Fiscal. Pero pronto abandonó el ejercicio de la Magistratura y de la Abogacía para entregarse totalmente a su vocación de escritor y de catedrático. Fué profesor de Lengua Castellana en la Escuela Nacional Preparatoria (1905) y desempeñó las cátedras de Historia Patria (1906) y de Sociología (1907) en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de Méjico.

Elegido Diputado, comenzó después sus actividades diplomáticas como Secretario de la Embajada en Washington (1909). En 1910 se le nombró Encargado de Negocios en Cuba, y en 1913 Ministro Plenipotenciario en Bélgica y Holanda. Y hallándose en Bélgica, siempre en compañía de su esposa, fué designado Miembro del Tribunal Internacional de Arbitraje de La Haya (1913).

La Revolución mejicana rompió la carrera diplomática de don Carlos. La conciencia no le permitía situaciones acomodaticias o ambiguas, y cortó radicalmente sus relaciones oficiales con el Gobierno de su país, pasando de la holgura de una Embajada a la mísera situación del expatriado. Sin aparato teatral ni actitudes de resentimiento; sencilla y ejecutivamente, con aquella singular fir-

meza que escondía bajo su exquisita corrección, cerró su Embajada y se marchó a Suiza, viviendo en Lausana desde septiembre de 1914 hasta octubre de 1916 en que se trasladó a Madrid.

En España, a los cuarenta y seis años de edad, tiene que rehacer su vida, y, sin medios económicos, sin libros y sin apoyos, abrirse paso a fuerza de laboriosidad y de talento. La Biblioteca del Ateneo es su refugio permanente. Comienzan a conocerse sus obras, y el número de sus amigos y admiradores crece sin cesar. Don Carlos ejerce un magisterio originalísimo: jóvenes, opositores, políticos y literatos acuden en busca de consejos, orientaciones, advertencias o comentarios. Su pupitre del Ateneo apenas se ve libre de curiosos e impertinentes. Sus juicios certeros y sus frases aceradas contra los pseudointelectuales que dominaban en aquella Casa, se subrayan y se comentan con admiración respetuosa en los pasillos y en los salones.

La actividad de don Carlos rebasa las fronteras españolas y vuela por el ancho mundo hispánico. Colabora en periódicos y revistas a uno y otro lado del Atlántico. Sus artículos de crítica y de polémica se leen con afán, y de todas partes llegan solicitudes de colaboración.

Pero el trabajo de la pluma está mal remunerado. Es preciso alternar los artículos periodísticos con la publicación de obras de fondo, y la labor es agotadora. Don Carlos no disfruta un momento de reposo. Las altas horas de la noche, y las primeras luces de la madrugada, le sorprenden en el refugio de su modesta «Villa de las Acacias» martilleando incesantemente el teclado de su máquina o escribiendo sin tregua cuartillas y más cuartillas. Y durante el día, las consultas en las Bibliotecas y en los Archivos absorben su atención y requieren su diligencia.

Con esta escasez de medios realiza una aportación de dimensiones colosales para el conocimiento de la obra de España en América. Don Carlos no encaja en el tipo de los historiadores exclusivamente eruditos y secos, puros coleccionistas de noticias; ni tampoco en el de los floridos y brillantes de párrafo dilatado y ampuloso. Hay en su producción un inmenso caudal de datos, pero en realidad es el resultado de una profunda elaboración cerebral,

intensamente reflexiva, con frecuencia de tipo polémico y siempre marcadamente crítica. Su prosa diáfana y bella, cargada de ideas, densa, terriblemente precisa cuando hunde el escalpelo en el análisis o maneja el ariete en la controversia, refleja estas cualidades.

En la obra de don Carlos hay, sobre todo, un insobornable espíritu de independencia. Para sostenerla sin desmayos a través de todas las dificultades de una vida septuagenaria, de decenas de obras y de millares de artículos, se precisan singulares dotes de austeridad y de ascetismo. Don Carlos era, en su vida privada, un auténtico asceta. Su casita de la Ciudad Jardín nos presenta un modelo de pobreza elegante y decorosa. Se satisface con un mínimo de medios económicos. No le importa la retribución si ella le permite subsistir. Es un viejo hidalgo que con manifiesta repugnancia recibe los honorarios, escasísimos, que legítimamente le corresponden, y con enérgica delicadeza rechaza toda insinuación de tipo puramente mercantilista. No apetece ni busca honores, distinciones ni recompensas. Huye de la popularidad, odia la adulación, contiene toda actitud admirativa de sus amigos y pasa su vida en una penumbra deliberadamente buscada.

Y no es porque su temperamento sea poco sociable. Don Carlos es un conversador maravilloso, lleno de finura, gracia, elegancia e intención; maneja deliciosamente la frase irónica y mordiente; ama los niños y busca su compañía; tiene amigos y admiradores en todas partes, y siempre deja, como él afirmó en Humboldt, «el recuerdo humano, dulce y querido de un huésped amable».

Los moradores de su barrio están familiarizados con la presencia de este anciano caballero, un poco encorvado, que todos los días, con exactitud cronométrica, atraviesa las mismas calles, con su traje un poco raído, pero con pulcritud irreprochable, y a todos saluda con amable distinción y marcado acento mejicano que acentúa su simpatía entre el pueblo.

El autor de libros polémicos, de valentía ejemplar y de ardor combativo insuperable, lo es también de páginas bellísimas, llenas de sensibilidad y de emoción pura y serena, como aquéllas en que describe la vida del Mariscal de Ayacucho: «Sucre es el copo de nieve sobre la charca de sangre. Guerrero místico de la libertad,

le atormentan las nostalgias poéticas de un Caballero del Cisne. Quiere colgar su espada vencedora en la rama de un sauce y realizar el ensueño casto del amor legítimo. Sus héroes ideales son San Luis y Bayardo».

Corren los años. Transcurren las trágicas jornadas de la guerra civil, tan dolorosas para don Carlos, y al crearse, por el Nuevo Estado, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se abre una nueva etapa en su vida, y es llamado a colaborar en este organismo. Ocupa la jefatura de una de las secciones del Instituto Fernández de Oviedo, y ya sin apremios de editores prepara nuevos libros, colabora constantemente en la «Revista de Indias» y se dispone a hacer una revisión crítica de toda su obra y a desarrollar en toda su amplitud proyectos anteriormente malogrados.

Trabaja sin descanso y con prisa extraña. María Enriqueta, su sobrino Miguel, sus discípulos y amigos tratan de frenarle en este ritmo de vida insostenible para un anciano, pero todo es inútil. Acude todas las tardes a su despacho, prosigue acumulando notas y escribe un libro titulado «La marcha triunfal de Bolívar», todavía inédito. Las vigiliias en la «Villa de las Acacias» se prolongan cada día más. La capacidad de trabajo de don Carlos llega a su momento de máxima tensión. Aquella mente lúcida y genial aparece cada día más lozana y vigorosa. El Consejo prepara la edición de sus obras completas...

De pronto, inesperadamente, una traidora dolencia trunca esta vida nobilísima, fecunda y ejemplar. El viernes 8 de mayo, a hora inusitada en sus costumbres, abandona don Carlos su mesa de despacho en el Instituto. Sale, como siempre, acompañado de uno de nuestros colaboradores. En el tranvía, camino de su luminoso retiro de la Ciudad Jardín, sufre un desmayo. Conducido a la «Villa de las Acacias», pronto se advierte que la dolencia es mortal. Todos los esfuerzos de la Ciencia, representada por las figuras más ilustres del Protomedicato español, son inútiles. Y en la mañana radiante del día 30 de junio, en el Sanatorio de San José, después de habernos dado su última lección, la que cumple a un caballero auténticamente cristiano que afronta la muerte con ejemplar entereza, entrega su alma a Dios.

Con él desaparece una de las mentes más preclaras de nuestro tiempo. Don Carlos Pereyra, mejicano por nacimiento y español por adopción, no es ni español ni mejicano. Pertenece por igual a todos los pueblos del mundo hispánico. En su obra, entrañable para todos, no hay preferencias para ninguno. Siente las glorias comunes y vive con pasión la vida de cada uno. Es boliviano cuando estudia Bolivia, peruano cuando se ocupa del Perú y argentino cuando trata de la Argentina. Se siente vinculado a los problemas íntimos y vitales de cada pueblo y no es un mero espectador objetivo y frío, sino un ciudadano egregio, activo y operante en todos los países de la Hispanidad.

Ante el ejemplo de su vida, ante las dimensiones de su obra, ante la dignidad de su conducta, ante su probidad moral, ante su talento y ante su muerte cristiana, todos nos sentimos conmovidos y emocionados. El Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo rendirá siempre culto a su memoria. Los libros que tanto amó y que, por donativo inestimable de María Enriqueta y de Miguel Pereyra, traen a nuestra Biblioteca el perfume de austeridad y de virtud de la «Villa de las Acacias», servirán a nuestra juventud para seguir su ejemplo y aprovechar sus magistrales enseñanzas. Y a nosotros, sus viejos discípulos, para sentirle todavía a nuestro lado y para evocar, con triste nostalgia, las horas de su presencia inolvidable.

C. PEREZ BUSTAMANTE